

# LA CAMPAÑA ELECTORAL Y LAS ELECCIONES NORTEAMERICANAS DE NOVIEMBRE DE 1956: ENSAYO DE INTERPRETACION (1)

## A) INTRODUCCIÓN

Las diez de la noche del 6 de noviembre de 1956: el *New York Times* (2) entra en máquinas y sale a la calle, poco después, con estos titulares:

EISENHOWER BY A LANDSLIDE  
BATTLE FOR CONGRESS CLOSE  
JAVITS VICTOR OVER WAGNER

Justo debajo, en caracteres más pequeños, «Suez warfare stopped under British-French cease-fire». El siempre prudente *New York Times* no corría ningún riesgo al anunciar la victoria de Eisenhower a hora tan temprana; aunque apenas habían empezado a contabilizarse los votos, los cálculos de los cerebros electrónicos no dejaban lugar a dudas: Victoria total de Eisenhower, Lucha apretada por el Congreso. Pero las elecciones no se ganan sólo en el terreno nacional; en un país de estructura federal los resultados locales son fundamentales y la victoria de Javits sobre Wag-

---

(1) Este artículo está concebido como una unidad independiente, pero el autor lo considera como un epílogo de su ensayo *Los Estados Unidos, país en revolución permanente*, publicado por el Instituto de Estudios Políticos en octubre de 1956. Dicho libro lo escribí pensando en las elecciones de noviembre de 1956: el resultado de las mismas, interpretado a la luz de la teoría entonces enunciada por mí, constituye, propiamente hablando, el objeto de este trabajo.

(2) *New York Times* del 7 de noviembre de 1956.

ner nos recuerda cómo, para un periódico neoyorquino, los resultados del Estado de Nueva York son casi tan importantes como la elección presidencial en sí.

Si todos estos titulares tienen su importancia, el más significativo es, sin duda, el cuarto. En plena fiebre electoral, cuando el país entero desde sus casas, en bares y calles, por radio y televisión, fija sus ojos sobre el termómetro de los votos, el *New York Times* abre un hueco en su primera plana para anunciar a sus lectores «el cese el fuego» ordenado en Egipto por Francia e Inglaterra después de la intervención de Eisenhower y de la O. N. U. Por la primera vez en su historia, los Estados Unidos han votado en el mismo instante en que los dirigentes del país se estaban preguntando si era posible evitar un conflicto mundial. El espectro de una guerra universal ha aparecido dos veces con motivo de unas elecciones presidenciales. En 1916, Wilson fué reelegido sobre la base de una campaña pacifista, lo que no le impidió declarar la guerra a las Potencias centrales un año más tarde. No cabe duda, a su vez, que la existencia de un estado de guerra en Europa empujó a muchos electores en 1940 a votar por Roosevelt una tercera vez, y a romper así el precedente establecido por Wáshington, según el cual, ningún candidato debería aspirar a la presidencia más de dos veces.

Estas dos elecciones no tuvieron, sin embargo, la intensidad dramática del 6 de noviembre de 1956. Mientras los electores esperaban su turno delante de las urnas, Eisenhower hablaba por teléfono con Eden, enviaba mensajes personales a Nehru y Guy Mollet y recibía a sus consejeros militares para discutir con ellos la puesta a punto de la inmensa máquina militar del país (3). Podíamos haber asistido, ese día, a una situación bien paradójica, desde el punto de vista constitucional: la entrada en la guerra decidida por un Presidente al que el pueblo estaba, en el mismo instante, retirando su confianza. Para ello habría bastado que, mientras los americanos votaban por Stevenson, los rusos hubiesen llevado a la práctica las amenazas hechas por Bulganin con motivo de la intervención francoinglesa en Egipto (4). Un sólo proyectil dirigido, lanzado desde el otro lado del Telón de

---

(3) *Time* del 12 de noviembre de 1956.

(4) El mensaje de Bulganin del 5 de noviembre de 1956, dirigido a Eden y Mollet, decía textualmente: «Existen ciertas potencias que podrían

Acero, contra Francia o Inglaterra, hubiera sido suficiente para poner en marcha todo el mecanismo ofensivo de la N. A. T. O. En unas pocas horas la faz del mundo habría cambiado: una tercera guerra universal en curso y al frente de uno de los dos grandes bloques un nuevo equipo gubernamental norteamericano. Los acontecimientos, sin embargo, siguieron la dirección opuesta; la guerra no estalló y Eisenhower fué reelegido por una aplastante mayoría. Para desentrañar el resultado de estas elecciones hay que hacer entrar en juego un sinnúmero de factores: la personalidad de los dos candidatos, el momento político del país, la situación internacional y ciertos elementos históricos que surgen siempre al hablar de los Estados Unidos (grupos minoritarios, diferencias de origen racial, religioso y nacionalidad, el mundo de los negocios, de los sindicatos...) Empecemos por el desarrollo de la campaña electoral.

B) LA CAMPAÑA ELECTORAL: SITUACIÓN, TÁCTICA Y ESPERANZAS DE AMBOS PARTIDOS

I. LOS ESTADOS UNIDOS EN 1956: LOS CANDIDATOS ANTE LOS ELECTORES INDEPENDIENTES.—Hay un punto sobre el que todos los comentaristas de cuestiones políticas americanas están de acuerdo: el resultado final de las elecciones dependía de los electores «independientes», es decir, de los políticamente indecisos. Reproduciendo esta impresión general, la revista *Life* no pudo encontrar mejor título para definirlos que el de «War for the Independence», guerra por los independientes (5). La estructura social y económica del país, resulta del *New Deal* rooseveltiano, ha dividido a los electores en dos grandes grupos que se identifican normalmente, aunque no siempre, con los dos partidos tradicionales, el demócrata y el republicano.

Los descontentos, por naturaleza o necesidad (en esta categoría entran por el mismo hecho de serlo todas las minorías: católica, judía, negra...) formaron durante veinte años la columna verte-

---

llevar la guerra hasta el territorio francés o inglés sin tener para ello que enviar su marina o aviación. Les bastaría con utilizar otros medios, especialmente los proyectiles dirigidos...»

(5) *Life* del 29 de octubre de 1956 (artículo editorial).

bral de los demócratas. Sus cinco victorias consecutivas, de 1932 a 1948, hicieron creer a mucha gente que el otro partido, el republicano, no llegaría a recobrar nunca la posición preeminente que había ocupado antes de la Depresión del 29. Durante estos años se forma el mito del partido demócrata representante de las masas frente al republicano, imagen de la minoría, de los capitalistas y grandes empresas. Según los defensores de esta teoría, el pueblo había renunciado para siempre al partido republicano.

Un análisis un poco más profundo nos llevará, sin embargo, a una conclusión bien distinta; la Depresión de 1929 supuso algo más que un simple cambio de orientación política, pues hizo comprender al pueblo americano cuán inconsistente era su sistema de partidos. Hasta entonces, el elector, en los Estados Unidos, había hecho de la política un juego: lo que importaba era el dinero que se ganaba con toda facilidad en un país cuyo crecimiento económico y su lógica consecuencia, una prosperidad cada vez mayor, parecían no tener límites. La política se dejó en manos de unos pocos profesionales, generalmente despreciados y, si hemos de ser sinceros, sin mucho sentido de la responsabilidad. Que tal sistema no era bueno quedó más que demostrado en 1929; por eso, tres años más tarde, cuando el pueblo pudo dar su veredicto lo hizo de manera inequívoca, condenándose a sí mismo, es decir, a sus dos partidos por igual, al republicano por no haber sabido controlar la avalancha de la Depresión y al demócrata por no haberla previsto. Al fin y al cabo, el partido de la oposición puede, por falta de espíritu crítico constructivo, ser tan culpable de un desastre nacional como el partido que ocupa el poder.

Si las elecciones de 1932 fueron interpretadas como un veredicto antirrepublicano el error se debe a una confusión entre el hombre y el partido: Roosevelt y los demócratas. Error que, por cierto, nadie ha cometido con Eisenhower, al que todo el mundo disocia del partido republicano. En 1932, como en 1956, quienes triunfaron fueron los hombres, no sus partidos respectivos (6): los

---

(6) Existe, sin embargo, una diferencia entre los triunfos de Roosevelt y de Eisenhower: el del primero trajo consigo el de su partido, mientras que el general no pudo impedir la victoria de los demócratas en la lucha por el Congreso. Esto explica por qué los comentaristas no han cometido en 1956 el error en que cayeron en 1932.

éxitos de Roosevelt —y tal vez los de Eisenhower— hay que interpretarlos como un cheque en blanco ofrecido a un hombre, con una sola pero terrible condición, alterar el equilibrio político de la nación mediante una transformación de las fuerzas que engendraban el *statu quo* del período anterior.

Podemos preguntarnos si los dos hombres encargados de esta transformación han sabido llevarla a cabo. En el caso de Roosevelt la respuesta parece ser negativa: el gran tribuno demócrata supo cambiar la dirección del capitalismo americano y mediante ese cambio, realizado a tiempo, salvarlo. Sin caer en el socialismo, encontró, dentro del mejor espíritu de la tradición americana (liberalismo, individualismo, iniciativa privada...) una fórmula económicasocial, el *New Deal*, que permitió al país recuperarse de la Depresión y entrar en una nueva etapa de prosperidad incalculable. Pero no comprendió —y si lo comprendió, nada hizo por cambiarlas— que las formas políticas anteriores a 1929 no podrían ser medios de expresión adecuados para el elector de 1952 y 1956 nacido después del 29, y por lo tanto, dentro del *New Deal*. Para los que vivieron la Depresión, el partido demócrata seguirá siendo el campeón «aparente» del pueblo. Las nuevas generaciones, sin embargo, no se contentaron con las apariencias y han terminado por descubrir la debilidad política de los demócratas. Idiotizado por la facilidad de sus triunfos, el partido de Roosevelt creyó que su prosperidad política iba a durar *in vitam aeternam*. Tal creencia produjo, en definitiva, un anquilosamiento de sus dirigentes: los del Sur se volvieron más reaccionarios y racistas que nunca mientras los caciquillos locales de las grandes ciudades del Este, Norte y Oeste siguieron sin preguntarse si el voto de los judíos, de los negros, de los católicos o de los grupos nacionales (irlandeses, polacos, eslavos...) podría un día pasar a las urnas republicanas.

Pero de la prosperidad creada por el *New Deal* surgió un hombre nuevo, el elector independiente. Y es su independencia económica la que le ha convertido en políticamente libre. Entiéndaseme bien: independencia económica no significa «mucho dinero». El muy rico es, en el mundo de la política americana, tan dependiente de un partido como el muy pobre. Salvo excepciones, los dos extremos de la escala social giran, el uno, alrededor de los

republicanos y el otro, alrededor de los demócratas (7). Llamo independiente, por lo tanto, a ese burgués americano, ingeniero, profesor, pequeño propietario o accionista, abogado, médico, arquitecto, químico, empleado medio de grandes empresas o incluso obrero especializado que constituye, hoy día, la fuerza política más eficaz de América (8). Ese nuevo burgués ha olvidado en parte lo que debe a Roosevelt para acordarse sólo que el partido demócrata no supo, en veinte años, realizar la transformación que el elector de 1932 le pidió llevara a cabo. El partido se ha convertido en un instrumento nacional, lo que no era el caso antes de 1932 y los caciques han empezado a desaparecer, pero muchos de los viejos defectos subsisten intactos. Nadie pudo evitar, en 1952, las palabras corrupción, escándalo, favoritismo... En 1948, ya, el Sur se había separado de Truman para votar por una lista de candidatos regionales, de carácter reaccionario. La victoria de Eisenhower, en noviembre del 52, vino a confirmar el diagnóstico de la enfermedad que sufrían los demócratas: cáncer político.

El partido demócrata había buscado su propia derrota por no haber sabido defenderse de las células «malignas» que él mismo había engendrado y cuya multiplicación nada ni nadie podían limitar ya, los independientes. El primer triunfo de Eisenhower

---

(7) El millonario izquierdista es la excepción que confirma la regla. Lo normal, sin embargo, suele ser lo contrario. Para confirmarlo, un boicón de muestra basta: las cifras oficiales de las contribuciones ofrecidas a los dos partidos con motivo de la última campaña electoral. La suma total en cheques de 500 dólares o más recibida por el partido demócrata fué de 1.816.000 dólares contra 10.300.000 de dólares por el partido republicano. Las doce familias más ricas de los Estados Unidos regalaron 1.040.000 dólares a los republicanos y sólo 107.000 a los demócratas. De las grandes familias, sólo los Reynolds, reyes del tabaco, parecen ser decididamente demócratas. (Véase el *New York Time* del 3 de febrero de 1957.)

(8) Los obreros especializados, el 20 por 100 de la población activa, tienen un salario medio anual de 3.925 dólares. La experiencia demuestra que sólo los distritos electorales que arrojan un ingreso medio, por cabeza de familia inferior a 3.000 dólares votan unánimemente por los demócratas. A su vez, un distrito cuyos electores ganen normalmente más de 4.000 dólares votará, salvo excepciones, por los republicanos. Los distritos dudosos son, pues, los de la categoría 3.000-4.000 dólares, en los que viven, precisamente, los obreros especializados.

El lector encontrará unos detalles más completos de este problema en el capítulo noveno de mi libro *Estados Unidos, país en revolución permanente* (Instituto de Estudios Políticos, Madrid, 1956).

vino a ser, en definitiva, el gesto simbólico que el pueblo americano utilizó para retirar de la circulación el cheque en blanco extendido veinte años antes a nombre de Roosevelt. La experiencia del *New Deal* pasará a la historia como un inmenso éxito social: desde el punto de vista de la política habrá que reconocer que el fracaso, si no total, ha sido, por lo menos, parcial. ¿Y la experiencia Eisenhower? El general había llegado al poder como el jefe del partido republicano, pero nadie podía llamarse a equívoco en cuanto al sentido de su triunfo. El pueblo no quería vivir de nuevo el período anterior a 1929 y había hecho comprender bien claramente que las conquistas sociales logradas por el *New Deal* eran sagradas. El partido republicano tenía, por lo tanto, que metamorfosearse y dejar de ser el que había sido hasta 1929. Cuando Roosevelt triunfó en 1932, el pueblo le confió la misión de construir un nuevo sistema de partido; se suponía, entonces, que la transformación de los demócratas engendraría, automáticamente, la del partido contrario. En 1952, ante el fracaso de esa misión, el pueblo cambió de táctica, pero no de intención: si el instrumento motor de la revolución política ha pasado a ser el partido republicano, el objetivo final sigue siendo el mismo, un nuevo sistema de partidos. Roosevelt se encontró con dos revoluciones por hacer, la política y la social. Llevó a cabo la segunda, pero fracasó ante la primera. Su obra está, por lo tanto, sin terminar. Y la misión de Eisenhower es terminarla. El considerar al general como jefe del partido republicano frente a Roosevelt, jefe del partido demócrata, no nos debe llevar a error. Más que de partidos se trata de hombres que están por encima de ellos. En ese sentido, Eisenhower es el heredero de Roosevelt, si no por temperamento o propia inclinación, al menos por necesidad inescapable. El general se encontró, al subir al poder, ante el dilema «o republicano, o liberal» y lo resolvió de manera ingeniosa declarándose «republicano liberal» y lanzando una filosofía política, *the new Republicanism*. Durante sus primeros años en el poder mantuvo un ten-con-ten con las fuerzas reaccionarias de su propio partido, los extremistas de la derecha, MacCarthy y compañía, pero la alianza se fué debilitando según el Presidente iba adquiriendo experiencia política. Poco a poco, al frente de los puestos directivos del partido, empezaron a sur-

gir «republicanos liberales» (9). La revolución política estaba en marcha. Pero era evidente que cuatro años en el poder no eran suficientes para llevar a cabo tan delicada misión: sus dos graves enfermedades (ataque al corazón y operación intestinal) plantearon a Eisenhower un nuevo dilema, renunciar a sus objetivos, o sacrificar tal vez, para realizarlos, su propia vida. Como buen soldado, optó por el deber y decidió presentarse de nuevo a las elecciones. La Convención de San Francisco le eligió unánimemente como candidato de los republicanos: el partido, dividido en 1952, entre facción pro-Eisenhower y facción pro-Taft, había comprendido que su única posibilidad de triunfar otra vez dependía del general. El pueblo sabía que la revolución política apenas había dado sus primeros pasos y que los republicanos, a pesar de los progresos realizados, no merecían todavía su confianza. En un período de transición como este, el partido necesitaba un hombre capaz de arrastrar a las masas para triunfar. Y el único, con posibilidades de hacerlo, era Eisenhower.

La situación, en el campo demócrata, se presentaba de manera enteramente distinta. El partido no ha encontrado otro Roosevelt: los grandes hombres dejan siempre un vacío que termina por ser una carga y hasta una tumba «política», a veces para sus sucesores. Los casos de Eden, en Inglaterra y Stevenson, en los Estados Unidos, son la mejor prueba de ello (10). Stevenson, hombre inteligente como pocos, ha sido vencido por su propia inteligencia: el americano se ha asustado siempre del intelectual y no ha ocultado nunca su preferencia por el político tipo «hombre medio» o el que sin serlo (Roosevelt), sabe presentarse como tal. En 1952, Stevenson comprendió desde el principio que la batalla estaba perdida. Elegantemente, decidió jugar la partida hasta el final, sin caer ni una vez en las exageraciones demagógicas de sus predecesores. Sus discursos (11), modelos en su género, y que

---

(9) Eisenhower ha sustituido durante los cuatro años de su primer mandato a 41 de los 48 jefes de las organizaciones republicanas de los 48 Estados de la Unión.

(10) Dejemos aparte el «fenómeno Truman», caso especial del que todavía no se ha dicho todo, ni mucho menos.

(11) Stevenson tiene la reputación de pulir sus discursos hasta el infinito. Su declaración oficial felicitando a Eisenhower por su victoria de 1956 —unas pocas líneas— le costó más de una hora de trabajo. Constituye, en mi opinión, el documento político más elegante salido de manos de un candidato derrotado de cualquier país o época.

tanta admiración le ganaron en los medios literarios, resultaban casi incomprensibles para el hombre de la calle, feliz ante las frases más sencillas de Eisenhower o Nixon. Por eso, en 1956, los demócratas, incapaces de encontrarle un sustituto de talla, le buscaron, en la persona de Kefauver, hombre de la calle por excelencia, un antídoto. La candidatura Stevenson-Kefauver, inteligencia más simpatía, era, si no la única, al menos la mejor que los demócratas podían ofrecer para contrarrestar la popularidad de Eisenhower.

Pronto se vió, sin embargo, que la elección iba a ser un encuentro «Eisenhower» —partido demócrata—. El partido republicano es un enemigo digno del partido demócrata, pero un enemigo que, a igualdad de circunstancias, saldrá siempre derrotado, al menos por ahora. Los demócratas han perdido la «aureola de santidad» de los años 30 y 40, pero siguen siendo el partido que cuenta con una clientela más fácil. La lucha personal de Stevenson (Kefauver) contra Eisenhower (Nixon) no tenía color, a pesar del refuerzo que para el candidato demócrata representaba Kefauver. Para comprender el significado de esta lucha entre un hombre (Eisenhower) y un partido (el demócrata) conviene manejar ciertas cifras que aclararán mis afirmaciones:

ELECCIONES	DEMOCRATAS		REPUBLICANOS	
	Candidatos	Votos	Candidatos	Votos
1932.....	Roosevelt	22.821.157	Hoover	15.761.341
1936.....	Roosevelt	27.751.597	Landon	16.679.583
1940.....	Roosevelt	27.244.160	Willkie	22.305.198
1944.....	Roosevelt	25.602.504	Dewey	22.006.825
1948.....	Truman	24.105.695	Dewey	21.969.170
1952.....	Stevenson	27.314.987	Eisenhower	33.824.351

Un examen superficial de este cuadro (12) permite sacar las conclusiones siguientes: 1) El voto de los demócratas se mantiene, desde 1932, alrededor del mismo nivel, unos 25 millones de votos (máximo 27,7; mínimo 22,8; 2) el voto de los republicanos es mucho más irregular que el de sus enemigos, y la diferencia

(12) Véase «Information Almanac», del *New York Herald Tribune*, edición de 1956.

entre el mínimo (1932, 15,7 millones) y el máximo (1952, 33,8 millones) es del orden de unos 18 millones. En el partido republicano se distinguen claramente tres épocas: 1) derrota total en 1932 y 1936 (15,7 y 16,6 millones de votos), 2) derrota normal en 1940, 1944 y 1948 (22,3, 22 y 21,9 millones de votos). 3) victoria absoluta en 1952 (33,8 millones de votos). Podemos afirmar, por lo tanto, que desde 1932 el partido demócrata es el partido «fuerte» y el republicano el «frágil».

Pero esta afirmación, verdad en parte, hay que corregirla un poco, haciendo entrar en la comparación el porcentaje del crecimiento de la población a partir de 1932. En dicho año, los Estados Unidos contaban con unos 125 millones de habitantes contra 170 en 1956. El crecimiento es, por consiguiente, del orden del 36 por 100. Este índice no nos ayuda a aclarar la posición del partido republicano, porque los votos que ha recibido han variado demasiado de una elección a otra, pero nos indica, bien claramente, que el partido demócrata, cuyo voto no ha variado se ha estancado. No cabe duda que sigue siendo el partido «sólido», pero su solidez me parece un tanto anquilosada. Desde 1940, el partido no ha ganado un sólo voto mientras la población aumentaba sin cesar. Si el partido republicano sigue siendo, por ahora, el partido «frágil», no cabe duda que absorbió, en la elección de 1952, la mayoría, por no decir el total, de los electores «independientes», cuyos efectivos se pueden calcular, poco más o menos, en unos 12 millones.

Para averiguar esta cifra, basta con deducir de los votos de Eisenhower en 1952 (33,8 millones) los obtenidos por el partido republicano en el período inmediatamente anterior (alrededor de 22 millones en 1940, 1944 y 1948). Indudablemente, ha habido electores que han pasado a votar de un partido a otro, pero el aumento repentino de votos recibidos por los republicanos en 1952 es consecuencia directa del crecimiento demográfico. Los demócratas han conservado su voto prácticamente intacto; los republicanos, en cambio, lo han aumentado considerablemente y como el porcentaje de abstenciones sigue siendo el mismo —alrededor del 40 por 100— esos 12 millones de nuevos electores tienen que representar, forzosamente, el incremento de la población. Como este crecimiento viene acompañado de una prosperidad nunca vista, nada de extraño tiene que el americano «medio», cada vez más rico, empiece a sentirse conservador. Por eso, ha vuelto sus ojos

hacia el partido republicano, o mejor dicho, hacia Eisenhower. La filosofía política del general, su liberalismo muy templado, cuadra perfectamente con el sentir de los llamados «independientes» e incluso con el de una mayoría del país. Eisenhower es la América de 1950-1960 como Roosevelt fué la América de 1930-1940; ambos han sido, en un momento determinado, la quintaesencia de los Estados Unidos. Eso explica sus enormes triunfos y la imposibilidad, para sus contricantes, de derrotarlos.

En resumen, los demócratas pueden contar, normalmente, con unos 25 millones de votos y los republicanos con unos 22. Pero como existen, además, unos 12 millones de indecisos, la victoria de uno u otro partido depende de ellos. Si dividen su voto, el triunfo será de los demócratas, por escaso margen; si se deciden por los republicanos, los demócratas saldrán derrotados a pesar de ser el partido originariamente más fuerte; si se inclinan por los demócratas, éstos barrerán la escena como en 1936 cuando Roosevelt recibió, intacto, el voto de 1932 más el 100 por 100 de los sufragios de todos los electores que votaban por primera vez en aquella ocasión. La campaña electoral de 1956 para los dos partidos no pudo ser otra, en consecuencia, que una persecución tenaz de ese voto inseguro que iba a decidir la elección. Para Eisenhower, el problema se reducía a conservarlo, procurando, al mismo tiempo, crear una unión definitiva entre independientes y partido republicano, cuyo resultado inmediato sería la transformación de dicho partido en el más fuerte de los dos; para Stevenson y los suyos, la situación se presentaba menos fácil, pues se trataba de reconquistar y no de conservar. Por lo menos, había que impedir la confusión e identificación entre los términos republicano e independiente, es decir, americano medio. El John Smith ideal tenía que seguir siendo demócrata.

II. DESARROLLO DE LA CAMPAÑA ELECTORAL.—Consciente de su superioridad inicial, Eisenhower se limitó a presentar sus realizaciones, llevadas a cabo, precisamente, en función del voto independiente: guerra de Corea liquidada, presupuesto equilibrado, prosperidad increíble... ¿Qué podía hacer Stevenson para contrarrestar el *peace and prosperity* de Eisenhower? Propuso una «new América» pero como el pueblo parecía sentirse muy a gusto con la de Eisenhower, Stevenson acabó por encontrarse en un callejón sin salida: un programa radical, excesivamente demagógico,

no podía gustar a los independientes— ni al ala reaccionaria de su propio partido, entroncada en el Sur—; habría gustado a los que ya se sabía, de antemano, que iban a votar por los demócratas.

Si dejando de lado la idea de un plan de reformas revolucionario, Stevenson se decidía por un programa moderado, del gusto de los independientes, el candidato demócrata corría el peligro de calcar sus propuestas sobre las de Eisenhower. Pero Eisenhower es infinitamente más popular que Stevenson y con un programa igual, el primero tenía que vencer a la fuerza. Ante este dilema, del que no había escape posible, el exgobernador de Illinois fue olvidando la idea de una «new América» para concentrar su esfuerzo, en lo que, lógicamente, tenía que terminar por obsesionarle, la popularidad del Presidente. Que el partido republicano era débil bien lo había demostrado la elección para el Congreso de 1954: sin el apoyo directo del Presidente, los demócratas habían vencido fácilmente a los republicanos, obtenido una mayoría de cuatro millones de votos, y con ello, el control del Senado, de la Cámara de Representantes y de un buen número de puestos de Gobernador. La lámpara de Aladino de los republicanos, que les permitía transformar una derrota inevitable en un triunfo no menos evidente, era la sonrisa de Ike.

Stevenson, indiferente y lejano en 1952, acabó por apasionarse en 1956. ¿Por qué, contando con dos armas tan fuertes, en la mano, su propia inteligencia y el apoyo de un partido más fuerte, tenía que perder? Si el Presidente triunfaba por ser popular, había que hacerse popular y derrotarle en su propio terreno: apretones de manos, discursos al alcance de todo el mundo, caravanas, disfraces, bailes regionales... El candidato demócrata hizo lo indecible para inventarse una sonrisa a lo Ike y un apretón de manos a lo Ke-fauver. Al mismo tiempo, y con gran habilidad, Stevenson intentó identificar a Eisenhower con el partido republicano: Al hablar de él procuraba hacer olvidar al auditorio hasta su nombre, empleando expresiones del tipo «el candidato de los republicanos», «el portavoz del partido contrario»... Esta táctica tendía a minimizar a Eisenhower, presentándole como siervo, y no dueño, de la minoría reaccionaria republicana, de los grandes intereses, de la General Motors... Sin atreverse a proponer un programa demasiado avanzado, Stenvensn se lanzó por el camino peligroso del ataque

personal: se volvió demagogo, si no en actos, al menos en palabras.

Detrás de él, calladamente, Kefauver proseguía su labor de zapa: 80 mil kilómetros y 38 Estados recorridos en apenas tres meses, con un total de 450 discursos (13)... Hubo un momento en que la acción de ambos candidatos, combinada con el descenso de popularidad del Presidente debido a su segunda y grave enfermedad en menos de un año (la operación intestinal de junio 1956), produjo sus frutos (14). En septiembre, el entusiasmo de los republicanos empezó a flaquear: los periódicos, casi todos ellos pro-Eisenhower, se alarmaron. Los hermanos Alsop y otros muchos comentaristas reconocieron, por primera vez, la posibilidad de una derrota republicana. ¿Era Eisenhower un hombre física y, por lo tanto, políticamente acabado? Por aquel entonces surgió en el campo demócrata «la teoría de los 800.000 votos»: para ganar las elecciones, más que conseguir muchos votos, importa vencer en ciertos estados claves. Un cálculo detallado de dichos estados permitió descubrir que bastaba con retirar del campo republicano a 800.000 electores para derrotar a Stevenson. Esta teoría venía a ser, en definitiva, un perfeccionamiento de la fórmula «el triunfo depende de los independientes»: depende de los independientes, sí, pero no del total de 12 millones, sino de aquellos 800.000 que por residir en ciertos estados estratégicos conservan en sus manos el fiel de la balanza. Otra manera de prever el triunfo de Stevenson, menos fantasiosa y más realista que la anterior, consistía en tomar en consideración todos aquellos Estados —16— en que Eisenhower había obtenido en 1952 menos del 55 por 100 de los votos. La derrota de Stevenson en dichos Estados no había sido total y no era ilógico, por lo tanto, pensar que un cambio en la actitud del cuerpo electoral era posible. Estos 16 Estados —Nueva York, Illinois, Texas y Pensylvania entre ellos— representaban por sí solos 242 electores presidenciales. Como en 1952 Stevenson había obtenido 89 votos electorales, la suma de ambas cifras daba un total de 331 posibles electores demócratas,

---

(13) *Time* del 12 de noviembre de 1956.

(14) *Time* del 11 de febrero de 1957 (encuesta Gallup sobre la popularidad de Eisenhower desde 1952).

cantidad superior a los 266 que se necesitan para ser elegido Presidente (15). La batalla, aunque difícil, se podía ganar.

Stevenson, sin embargo, perdió la cabeza en el momento decisivo. Obsesionado por la personalidad de Eisenhower y la imposibilidad de presentar un programa propio, quiso imitar al general en todo y encontrar, como el Presidente hizo en 1952, un tema de discusión que dividiera al país y, creando la duda, inclinara la balanza a su favor. Este y no otro es el origen de la pregunta de Stevenson: «¿Conviene o no interrumpir los ensayos de la bomba de hidrógeno?» Al dar una respuesta afirmativa a la interrogación el candidato demócrata se lanzó por un terreno muy resbaladizo. Eisenhower se había limitado, en 1952, a ofrecer una solución al problema de Corea, es decir, a una situación concreta de carácter eminentemente militar. El pueblo le creyó, más que nada, porque se trataba de un general de inmenso prestigio. Cuatro años más tarde, al pueblo le hubiera gustado creer a Stevenson, pero ¿cuál era la competencia científica y militar del candidato demócrata para hablar de bombas H? Inmediatamente surgió una disputa entre los profesores de física, que se dividieron en dos bandos, más bien de tipo político que propiamente científicos. El elector medio, perdido ante una serie de demostraciones contradictorias que no entendía, comprendió bien claramete, sin embargo, el lado estratégico y militar del problema. Parar los ensayos ¿no significaba dar una facilidad a los rusos? Aunque los nuevos aparatos permiten detectar una explosión llevada a cabo en cualquier parte del globo, siempre queda el elemento psicológico del miedo al enemigo. El pueblo, prudente, se inclinó por la versión de Eisenhower: no en vano era un general el que hablaba y un general al que su cargo de Presidente permitía conocer mucho mejor los problemas estratégicos de la guerra fría.

Una vez perdida «la batalla de la bomba H» la estrella de Stevenson — que había alcanzado su cenit en las primeras semanas de la campaña electoral— empezó a declinar. La salud de Eisenhower mejoró notablemente, hasta el punto de permitirle una participación activa en la contienda, muy superior a la que

---

(15) Cada Estado dispone de un número de electores presidenciales igual al que de representantes y senadores tiene en el Congreso. 435 representantes y 96 senadores hacen 531. La mayoría es, pues, de 266.

se había previsto en un principio. De todos los rincones del país, y especialmente de los Estados donde los republicanos temían ser derrotados, llegaron llamadas apremiantes exigiendo la presencia del inefable Ike. Pronto pudo verse cuál era la táctica de los republicanos: identificarse lo más posible con el Presidente. Si para Stenvenson, Eisenhower era «el candidato del partido republicano», para los republicanos el Presidente era la cortina de Humo que les permitía ocultar su pasado, culpable de la crisis del 29. Tay parecía ser, en definitiva, el sentido último de la campaña electoral, una lucha de palabras y no de ideas.

Si la recuperación física de Eisenhower fué el factor decisivo, no se puede olvidar, sin embargo, el trabajo oscuro, pero no por ello menos eficaz de Nixon, la figura más discutida del cuarteto aspirante a las supremas funciones ejecutivas del país. La gran sorpresa de 1956 la dió el Vice-Presidente con su campaña elegante y objetiva, defendiendo incluso a su rival Stenvenson cuando se empezó a hablar de la pretendida relación entre el candidato demócrata y Alger Hiss, el célebre hombre político condenado a prisión por sus supuestas conexiones con los comunistas. Siguiendo el ejemplo del Presidente, Nixon se limitó a presentar las realizaciones y proyectos del «Nuevo Republicanismo» de Eisenhower, si dejarse llevar, ni una vez, al terreno de la disputa o alusión personal. Con sus 75 mil kilómetros recorridos y 150 discursos pronunciados en 36 Estados (16), el Vice-Presidente mantuvo al Estado mayor del partido republicano perfectamente al tanto de la campaña electoral. Hubo quienes pretendieron, incluso, que el toque de alarma de la prensa pro-republicana, asustada por el avance repentino de los demócratas en septiembre, se debió a una maniobra de Nixon. Este, por lo visto, envió una serie de informes deliberadamente pesimistas, con un doble propósito: 1), recordar a los republicanos que la elección no estaba ganada de antemano, y 2), hacer creer a los demócratas que todo se presentaba de color de rosa para ellos. Y ya se sabe que la confianza es la peor consejera de todo candidato.

Según se acercaba la fecha fatídica del 6 de noviembre la certeza de una victoria de Eisenhower se iba haciendo mayor. Quedaba la incógnita de saber cómo votarían los cinco millones de electores nuevos, los que se suponía acudirían a las urnas por

---

(16) Véase el *Time* del 5 de noviembre de 1956.

primera vez. Podía, desde luego, surgir el incidente dramático de última hora que transformase todas las previsiones, pero los trabajos del Instituto Gallup, enormemente perfeccionados después del fracaso de 1948 (17) —fracaso sólo parcial, pues el cambio de opinión del cuerpo electoral en favor de Truman se produjo, realmente, en los últimos días y el Instituto dió por terminadas sus investigaciones tres semanas antes de las elecciones— no dejaban lugar a dudas. A finales de junio, el 62 por 100 de los interrogados se declaraba por Eisenhower, el 35 por 100 por Stevenson y el 3 por 100 sin opinión; seis semanas más tarde, Stevenson había subido un 2 por 100 en el fervor popular. En septiembre, el candidato demócrata alcanzó su punto máximo, reduciendo los partidarios de Eisenhower al 55 por 100: fué éste el momento de peligro para los republicanos.

A partir de entonces, y por las razones explicadas más arriba, los porcentajes de ambos candidatos empezaron a separarse de nuevo hasta llegar a ser del orden de un 60 por 100 (Eisenhower) y de un 40 por 100 (Stevenson) el día de las elecciones (18).

La última semana de la campaña electoral fué decisiva: revolución en Hungría e intervención francoinglesa en Egipto pasaron a ocupar las primeras páginas de los periódicos, relegando a la segunda plana los discursos de los candidatos. Estos dos acontecimientos, de enorme gravedad, tenían que ayudar, forzosamente, a Eisenhower. En un momento de peligro, cuando una declaración de guerra puede surgir, no resulta conveniente cambiar de equipo gubernamental. Especialmente cuando el hombre que se encuentra a la cabeza del gobierno es un general, vencedor en una guerra mundial. A pesar de ello, Stevenson pudo haber explotado durante los últimos días la delicada situación internacional, declarar a Eisenhower responsable de ella, acusarle de indecisión o proponer alguna «fórmula milagrosa» que perturbase aún más los espíritus. En vez de adoptar tal posición, el candidato demócrata actuó con toda dignidad, poniendo los intereses del país por encima de los suyos o de los del partido demócrata. Pribibió ter-

---

(17) Los porcentajes del Dr. Gallup en una carrera que dura ya más de un cuarto de siglo arrojan un error medio de sólo un 3 por 100, realmente ínfimo. El de 1948 fué un error de tiempo y de psicología, no de método. (Véase la «Biografía de Georges Gallup» en el *Newsweek* del 20 de agosto de 1956.)

(18) Véase el *New York Herald Tribune* del 5 de noviembre de 1956.

minantemente cualquier alusión a los problemas angustiosos del momento, afirmando que no quería «añadir nuevas dificultades a las que el Presidente y el Secretario de Estado estaban atravesando en situación tan delicada» (19). Esta actitud nos muestra al verdadero Stevenson, el que nunca debió dejar de ser. Resulta fácil, ahora, asegurar que todo podía haber sido diferente si Stevenson hubiera hecho esto o aquello: sólo pretendo afirmar que Stevenson no fué, durante la última campaña electoral, consecuente consigo mismo. Debería haber sido en 1956, como lo fué en 1952, el hombre de altura, que sabe hacer de la política algo más que un juego de «gana y pierde», aunque tal actitud le hubiera valido una derrota aún mayor. Hay hombres que sin llegar nunca a ser Presidentes han marcado para siempre la escena política americana. Hombres como Hamilton, Marshall, Clay, Webster... y Stevenson podía haber sido uno de ellos. Su digno gesto de no querer intervenir en las dificultades internacionales con que Eisenhower se encontró a última hora le han hecho recuperar parte de su prestigio. Pero el encanto se ha roto.

El día antes de las elecciones, los célebres comentaristas Joseph y Stewart Alsop resumían de esta manera la situación: «La primera impresión es que los electores reeligirán probablemente a Dwight D. Eisenhower por una buena mayoría. La segunda es que, contrariamente a la opinión general, el Presidente no era invencible. La tercera es que Adlai Stevenson, a pesar de sus muchas virtudes, no era el hombre que hubiera podido vencerle» (20). Eso en cuanto a los personajes del drama; en cuanto a su sentido íntimo, el columnista Roscoe Drummond (21) opinaba, la mañana misma de la elección, que si los demócratas no ganaban las elecciones, el asunto no era de vida o muerte para ellos; sí lo era, en cambio, para los republicanos. Para los primeros la elección era una cuestión personal, una lucha entre la popularidad de dos hombres; para los segundos, era el porvenir mismo del partido el que se jugaba.

Estas dos opiniones reflejan perfectamente, a mi entender, la de los técnicos. Pero la decisión dependía, en última instancia, del pueblo. Analizarla constituye el objeto del próximo apartado.

---

(19) *Life* del 29 de octubre de 1956.

(20) *New York Herald Tribune* del 5 de noviembre de 1956.

(21) *New York Herald Tribune* del 6 de noviembre de 1956.

C) EL RESULTADO DE LAS ELECCIONES: ENSAYO  
DE INTERPRETACIÓN

I. VOTO NACIONAL: TRIUNFO DE EISENHOWER.—El total de votos obtenidos por los candidatos fué el siguiente (22):

1. Eisenhower (Partido republicano) ... ..	35.369.999
2. Stevenson (Partido demócrata) ... ..	25.897.891
3. T. Coleman Andrews y Harry F. Bird (Candidatos demócratas separatistas, del Sur) ... ..	301.613
4. Eric Hass (Candidato socialista) ... ..	36.262
5. Farrell Dobbs (Candidato socialista) ... ..	5.717
6. Darlington Hoopes (Candidato socialista) ... ..	1.991

Dejando de lado el fracaso de los socialistas, liquidados por sus propias disensiones y que parecen definitivamente condenados en América, al menos en su versión europea, hay que resaltar la insignificancia del voto obtenido por la candidatura sudista. El partido demócrata evita, a fuerza de mil combinaciones, una ruptura definitiva entre sus alas liberal y conservadora. Pero, a veces, algunos de sus dirigentes «ultras» del Sur, descontentos con el programa del partido, especialmente en el delicado terreno de las relaciones raciales, levantan bandera independiente y presentan su propia candidatura regional. En 1948 lograron, si no el triunfo, sí impedir casi el de Truman, quitándole en el Sur más de un millón de votos. No se puede decir, sin embargo, que el esfuerzo separatista de Andrews y Bird en 1956, haya perjudicado a Stevenson. Hoy por hoy, el sistema americano de partidos sigue siendo el tradicional de los «ins» y los «outs», los de dentro y los de fuera, el partido que controla el poder, y el que quisiera controlarlo. Desde 1865, ambos partidos parecen haber resistido el ataque de grupos políticos diversos que han desaparecido sin dejar rastro. Populistas, prohibicionistas, socialistas, seguidores del senador La Follette fueron los cometas del firmamento político americano; llegaron, brillaron... y se alejaron. Republicanos y demócratas, por el contrario, han terminado por ganar carta de naturaleza definitiva. Este axioma, a primera vista tan simplista,

(22) Estas cifras son oficiales para 42 Estados, oficiosas para los seis restantes. (Véase el *New York Times* del 9 de diciembre de 1956.)

no deja de tener su importancia, porque resulta muy difícil imaginar —al menos con los datos de que disponemos— una transformación de América sobre la base de la aparición de un tercer partido. Todo cambio se realizará, probablemente, a partir del sistema actual de partidos. Pero como tanto el demócrata como el republicano son partidos puramente políticos y no ideológicos, los cambios serán muy lentos. La consecuencia directa de este hecho es que los Estados Unidos se nos aparecen —exteriormente— como una nación eminentemente conservadora. En 1956, cuando es raro el país europeo que no cuenta con un poderoso partido socialista, el Presidente de los Estados Unidos sigue creyendo en un estado decimonónico y antiintervencionista: «El individuo es de suprema importancia. La función del gobierno consiste en crear el clima que permita al ciudadano trabajar con seguridad y confianza» (23). Pero el tono individualista del «Nuevo Republicanismo» de Eisenhower no nos debe llevar a error. Todo sigue girando alrededor del individuo, pero de un individuo al que el Gobierno ayuda, ofreciéndole una sensación de «seguridad y confianza». Estamos, pues, ante una fórmula liberal decimonónica, temperada con un socialismo *sui generis*, desprovisto de toda pretensión teórica, pero no de efectos prácticos: la propiedad privada sigue siendo la pieza maestra de la filosofía política del Presidente, pero el principio de la seguridad social, heredado del *New Deal*, ha pasado a ser el segundo eje de dicha filosofía. El hombre es libre e independiente, pero no por eso deja de estar protegido por el Estado.

Eisenhower ha sabido encontrar la fórmula que encarna las ambiciones y temores del ciudadano medio. Existe entre los americanos el deseo —y la posibilidad—, de poseer una casa, un coche, un pequeño capital y un seguro de vida... Pero muchos de entre ellos —y especialmente los hombres de más de cuarenta años— temen una vuelta a los tiempos de la Depresión y no quieren lanzarse ciegamente por el camino peligroso de una prosperidad artificial sin contar con unas garantías mínimas en forma de seguros sociales, pensiones de retiro, facilidades educativas... El «Nuevo Republicanismo» de Eisenhower corresponde, pues, exactamente, al estado psicológico del Babbitt 1957. Si a esto añadimos la propia personalidad del general, encarnación perfecta

---

(23) *Time* del 12 de noviembre de 1956.

de carácter americano, su prestigio personal de vencedor en la II Guerra Mundial —y hasta sus fracasos como Presidente de la Universidad de Columbia...— no nos deben resultar extraños sus triunfos de 1952 y 1956. El cuadro siguiente nos dará una imagen de su doble victoria :

CANDIDATOS	Elección de 1952	Elección de 1956 (24)
Eisenhower .....	33 937.252	35.3 9.999
Stevenson.....	27.314.982	25.897 891
Otros .....	299.675	383 495
<i>Total.....</i>	61.551 919	61.651.385
Cuerpo Electoral....	98.133.000	102 743.000

A pesar de que en 1956 podían haber votado casi cinco millones de nuevos electores, el voto final ha sido prácticamente el mismo, con una diferencia de apenas 100.000 votos a favor de la última elección. El hecho de que el número de electores no haya variado en un momento de gran expansión demográfica tiene su importancia porque demuestra que o existe una correlación absoluta entre el número de votos y el de electores posibles ¿De qué depende, pues, en América, el número final de electores que participa en una elección? Si conectamos este cuadro con el anterior veremos que el voto no aumenta progresivamente, sino a saltos. En 1932 el número total de votos era del orden de 38,5 millones, que pasan a ser 44 en 1936 y 50 en 1940. Hasta 1952 no hay un cambio sensible en el volumen de la participación electoral, que se mantiene estable, apareciendo, incluso, en 1944 y 1948, signos de un pequeño retraimiento que hace disminuir ligeramente la cifra récord de 1940. Con el primer triunfo de Eisenhower asistimos, de nuevo, a un crecimiento repentino y considerable —del orden de unos 12 millones— del número total de votos emitidos. En 1956 vuelve a repetirse la cifra de 61 millones de electores. Durante veinticuatro años —el período de 1932-1956— se producen, por lo tanto, tres aumentos repentinos en el volumen de la participación electoral; los de 1936, 1940 y 1952, debidos a la aparición de dos personalidades políticas de

(24) Véase la nota 22.

primer orden, Roosevelt y Eisenhower. Si el número final de electores depende, en última instancia, de la cifra total de población, los aumentos de ésta no se reflejarán en materia electoral mientras no exista una personalidad política capaz de atraer a las masas. En el caso de Roosevelt la atracción surge progresivamente, según se va desarrollando su personalidad de Presidente: en 1932, el candidato demócrata es ya un político importante, excandidato derrotado a la Vice-Presidencia en 1920, ex-Gobernador de Nueva York, pero no se puede decir todavía que su nombre haya alcanzado categoría de símbolo nacional. La Depresión del 29 le lleva a la victoria, pero con un voto final muy semejante al que el candidato republicano Hoover alcanza en 1928, unos 22 millones. Fueron en realidad sus primeros y revolucionarios años como Presidente los que despertaron la pasión del pueblo y llevaron a las urnas seis millones de electores nuevos en 1936 y otros seis suplementarios en 1940. A partir de dicho año, el cuerpo electoral —unos 45-50 millones de personas— tiende a estabilizarse por falta de figuras de primer orden: ni Truman, ni Dewey logran, en 1948, atraer a las masas como supieron hacerlo, en 1940, Roosevelt y Willkie.

Hay que esperar la llegada de Eisenhower a la escena política para asistir a un nuevo desbordamiento del cuerpo electoral que se produce esta vez de golpe, con la intensidad de un mazazo, con 12 millones de electores nuevos, que transforman, con su repentina aparición, el equilibrio del sistema americano de partidos. En el caso de Roosevelt habíamos asistido a la progresiva realización del mito del «eterno» Presidente, triunfador cuatro veces sucesivas; la popularidad de Eisenhower se explica, por el contrario, mediante ese prestigio diferente, pero no menos eficaz, que nace siempre de las grandes victorias militares. El general no ha sido, como Roosevelt o Churchill, el hombre que entra en la Historia por la puerta estrecha y llena de amargas de la política sino el que llega a ella en virtud de lo que los elegidos de la fortuna llaman «un destino inescapable». Esta noción de indispensabilidad, tan característica de los militares e inseparable, en ellos, de la idea del deber, ha impregnado toda la vida pública de Eisenhower y explica sus constantes alusiones a la voluntad divina y a la moralidad internacional. La religiosidad del Presidente, bastante vaga, sin alusiones personales a un credo u otro, resulta muy del gusto del pueblo americano, cuyo fervor religioso

parece haberse despertado repentinamente, después de más de un siglo de indiferencia: cien millones de habitantes son, hoy, miembros activos de una u otra religión.

El «mito Eisenhower», accesible a todo el mundo mediante fórmulas simplistas pero evocadoramente familiares —«I Like Ike»—, explica ese aumento repentino de 12 millones de electores en el cuerpo electoral, con motivo de las elecciones de 1952. Pero la popularidad del Presidente resulta, dentro de su misma magnitud, limitada, por carecer de esa capacidad de renovación que caracterizó a Roosevelt. Por eso, no hemos asistido, en 1956, a un aumento sensible del número total de votos. El presidente demócrata fué «construyendo» su clientela poco a poco, cada semana, con sus célebres charlas radiofónicas. Eisenhower, por el contrario, tiene su sonrisa, esa sonrisa que le hizo entrar de una vez, y para siempre, en millones de hogares norteamericanos. Pero si la elección de 1956 no nos aporta nada nuevo en relación con el «mito Eisenhower» ha servido, por lo menos, para confirmarlo. Sin ninguna fatiga por su parte y con una campaña limitada, dado su estado de salud, el Presidente ha vuelto a triunfar, en 1956, sobre Stevenson. Y si la suma final de votos ha sido la misma que cuatro años antes —unos 61,5 millones— la distribución de los recibidos por cada candidato muestra, bien claramente, que Eisenhower ha acumulado 1.400.000 sufragios más que en 1952, mientras Stevenson veía reducirse los suyos a 25,9 millones, cantidad inferior a la obtenida por Roosevelt en 1936 y 1940 cuando el país contaba con una población inferior en 20 millones a la actual. Esto demuestra que Eisenhower, sin propugnar esas soluciones revolucionarias que hubieran captado el interés de nuevos electores, ha sabido atraerse, no sólo la clientela tradicional del partido republicano y el voto de los independientes, sino parte de los tres bastiones tradicionales del partido demócrata: el Sur, las masas obreras de las grandes ciudades industriales y las minorías étnicas, raciales y religiosas.

Stevenson contaba con estos tres elementos, mas el profundo descontento que reinaba entre los granjeros del Middle-West, para alzarse con la victoria. Sin llegar a compartir el optimismo del candidato demócrata, el semanario *Time*, cuyas simpatías hacia la causa de Eisenhower nadie desconoce, creía a Stevenson capaz de vencer en 13 Estados (Alabama, Arkansas, Georgia, Luisiana, Mississippi, Carolina del Sur y del Norte, que ya le habían sido

fieles en 1952, y Missouri, Oklahoma, Tennessee, Tejas, Virginia y West Virginia donde sus posibilidades de victoria parecían seguras) con un total de 174 votos electorales frente a 384 para Eisenhower (25).

La realidad, sin embargo, sobrepasó todas las esperanzas de los más ardientes partidarios del general y vino a confirmar la debilidad de las «plazas fuertes» —el Sur, obreros y minorías— fieles a Stevenson. Una semana más tarde, y no sin cierta sorpresa, el mismo *Time* reconocía que la «avalancha» en favor de Eisenhower había «aplastado a Adlai Stevenson en todo el Noreste; barrido los Estados extranjeros del Medio Oeste con una sola derrota, en Missouri; reducido a la nada las esperanzas presidenciales de los demócratas en la Costa del Pacífico y hecho estallar las tradicionales barreras democráticas en el Sur, donde Ike había vencido en Tejas, Florida, Virginia, West Virginia, Kentucky, Tennessee e increíblemente, en Luisiana» (26). Dentro de ese tono alerta, pero un tanto exagerado, que es tan típico de la prensa norteamericana, el término «avalancha», que utilizó el *Time* para definir la victoria de Eisenhower no deja de tener su explicación porque si se exceptúa el triunfo de Roosevelt en 1936, nunca se había visto en América una diferencia tan grande de votos a favor de un candidato. Pero esta incontenible «avalancha» ofrece tantas facetas interesantes que más vale proceder metódicamente.

a) *La distribución del voto electoral y el problema del Sur.*— Según queda dicho en la nota 15, se necesitan 266 votos en el Colegio Electoral para ser elegido Presidente. El procedimiento del Colegio Electoral que consiste en someter la elección del Presidente a un órgano colegiado, elegido, a su vez, por el pueblo, tenía razón de ser en otros tiempos cuando la falta de medios de comunicación y contabilización de votos hacía prácticamente imposible la elección de los candidatos por voto directo de los ciudadanos en un país tan vasto como los Estados Unidos. Pero esta institución, reducida hoy a un simple formalismo, ya que los Electores de cada Estado suelen dar su voto, incondicionalmente, al candidato del partido que representan (27), conserva cierto in-

---

(25) *Time* del 5 de noviembre de 1956.

(26) *Time* del 12 de noviembre de 1956.

(27) Hubo un elector demócrata, sin embargo, que negó en 1956 su voto a Stevenson prefiriendo dárselo a otra persona.

terés porque recuerda al interesado en cuestiones políticas americanas la importancia que los estados miembros del Estado Federal conservan todavía en la vida política de los Estados Unidos. Todo cálculo electoral, toda combinación en busca de la victoria, tienen que tener muy en cuenta la geranquí existente entre los Estados. Vencer por un sufragio de diferencia en California supone para un candidato el contar con 32 votos electorales, mientras que llevarse todos los del Estado de Vermont apenas tres. Una elección americana es, en definitiva, una operación estratégica en la que cuentan casi más que los «soldados» de ambos «ejércitos» las posiciones que éstos ocupan (28). Cada bando elabora un plan general de la situación en cada Estado y los candidatos concentran su interés en los puntos débiles. Kefauver, por ejemplo, no puso los pies en su propio Estado, Tennessee, para dedicar toda su atención a Florida donde trabajó intensamente hasta la noche anterior a la elección. Esta táctica, a veces, no da ningún resultado: los demócratas perdieron el Estado dudoso (Florida) y el que parecía seguro (Tennessee). En cambio, la campaña de Nixon en Tejas sirvió para inclinar del lado republicano una balanza que había empezado a inclinarse peligrosamente del lado demócrata. Y no faltan nunca los «planes milagrosos» —como el «de los 800.000 votos» antes citado— que ofrecen una receta «infalible» para ganar las elecciones. Receta que casi nunca da resultado.

Como para obtener todos los votos electorales de un Estado basta con recibir más votos populares que el adversario, resulta corriente que no coincidan los porcentajes del sufragio universal con los del Colegio Electoral. En 1952, Stevenson, a pesar de haber recibido 27,3 millones de votos, es decir, cerca del 45 por 100 del voto popular, obtuvo sólo 89 votos electorales (11 de Alabama, 8 de Arkansas, 12 de Georgia, 10 de Kentucky, 10 de Luisiana, 8 de Mississippi, 14 de Carolina del Norte, 8 de Carolina del Sur y 8 de West Virginia) frente a 442 Eisenhower. En 1956, el número de los Estados fieles a Stevenson ha sido aún inferior: Kentucky, Luisiana y West Virginia le han desertado

---

(28) Véase el capítulo noveno de mi libro *Estados Unidos, país en revolución permanente* (Instituto de Estudios Políticos, octubre de 1956), donde el lector encontrará un estudio detallado de la importancia relativa de los Estados en el juego electoral.

y sólo Missouri ha vuelto al campo demócrata. La distribución final de votos electorales ha sido 457 (Eisenhower) contra 74 (Stevenson), o mejor dicho 73, por la razón dada en la nota 27.

Una simple y rápida ojeada a un mapa de los Estados Unidos demuestra que al Oeste del río Mississippi no hubo ningún Estado pro-Stevenson y que todos los ganados por él al Este del río son Estados sudista, propiamente hablando. Esto nos lleva a plantearnos el primer problema que siempre surge al hablar de los Estados Unidos, el Sur, tan íntimamente conectado con la cuestión racial ¿Hasta qué punto el Sur sigue siendo la región de un solo partido, el demócrata? La victoria de Eisenhower en Luisiana constituye un hecho sin precedentes en los anales de la política americana y no en vano el *Time* la califica de «increíble»: desde 1876, es decir, desde que terminó el llamado período de Reconstrucción que siguió a la guerra civil, Luisiana, el Estado más «deep» —profundo— del «Deep South», no había votado por los republicanos. Además de Luisiana, otros seis Estados sudistas —Tennessee, Tejas, Florida, Virginia, Kentucky y West Virginia— se han inclinado por Eisenhower, con lo que el Sur ha quedado prácticamente dividido entre los dos aspirantes a la Presidencia, con ventaja incluso para el candidato republicano: 85 contra 73 votos electorales.

En Atlanta, por ejemplo, ciudad tan típicamente simbólica del Sur, los negros votaron en la proporción de cuatro contra uno en favor de Eisenhower. Sin llegar a tal entusiasmo, la gente de color, en general, ha dejado de considerar con horror la posibilidad de votar por un candidato que no sea el demócrata: la minoría de color, hasta ahora la más fiel a la herencia de Roosevelt, y que en 1952 dió sólo el 21 por 100 de sus votos a Eisenhower ha aumentado dicho porcentaje al 39 por 100 (29) con motivo de las últimas elecciones. El reino de los demócratas, parece, pues, haber terminado en el Sur. Y digo «parece» para dar a mi conclusión un carácter provisional, que un análisis más detallado permitirá tal vez elevar a la categoría de definitivo antes de terminar este ensayo.

b) *Distribución del voto según la edad y el sexo.*—La juventud americana había sido uno de los pilares electorales de Roosevelt. Para ella, la política era, ante todo, la lucha contra

---

(29) *Time* del 28 de enero de 1957.

los tiempos difíciles inmediatamente posteriores a la Depresión y los demócratas el partido que defendía los ideales que siempre la han atraído. El joven, por esencia, es más exaltado y apasionado que el hombre maduro. Los demócratas se presentaban como el partido de los grandes programas sociales y las grandes empresas colectivas, de la renovación, en una palabra: por eso, la juventud (veintiún a treinta y cinco años) votó durante una generación con fervor inigualado por los demócratas, y nunca en proporción inferior al 60 por 100. Pero los jóvenes de 1930-40 son los hombres maduros de 1950-60 y hoy acuden a las urnas, por primera vez, los muchachos nacidos después de la Depresión, los que sólo han conocido los tiempos de prosperidad: ya en 1952, el 49 por 100 de los menores de treinta años habían votado por Eisenhower (porcentaje total del país, 55 por 100), demostrando que la juventud crecida sobre los jardines de las ciudades satélites o suburbios y con coche propio, a los veinte años se estaba volviendo conservadora. Cuatro años más tarde, el porcentaje pro-Eisenhower ha aumentado de tal manera —hasta el 57 por 100— que ya no se puede hablar de un comportamiento electoral especial de la juventud americana: el joven «junior» universitario ha dejado de ser un «non-conformist», calificativo tan despreciado en un país que ha hecho del conformismo una regla fundamental de vida y del «no-conformista» un traidor al «American Way of life».

Las mujeres, por el contrario, han sido siempre un elemento moderador en la vida política americana. En plena época rooseveltiana, cuando los demócratas barrían de la escena a los republicanos, el sexo débil seguía dividiendo sus simpatías por partes iguales (apenas algo más del 50 por 100 por los demócratas) entre ambos partidos. Nada de extraño tiene, por lo tanto, que las mujeres, atraídas por la promesa de Eisenhower de liquidar la guerra de Corea y el «tierno espectáculo» de Ike, Mamy y familia, prefirieran el general al divorciado Stevenson. En 1952, las mujeres dieron al candidato republicano el 58 por 100 de sus votos, porcentaje superior al promedio nacional. Durante la última campaña electoral, Stevenson, consciente de la importancia del voto femenino que ya es casi tan numeroso en cifras absolutas como el masculino, pretendió utilizar a su familia como centro de propaganda: todos los periódicos del país siguieron con enorme atención los «progresos maternos» de la nuera del candidato demó-

crata, cuyo primer hijo nació justo para consolar al abuelo de su derrota. La foto de Adlai, buen padre, con sus tres hijos, nuera y nieto, habría cubierto todas las primeras planas de los periódicos, de haber triunfado los demócratas. Pero todos los esfuerzos de Stevenson por presentarse a la madre de familia americana como el «padre ideal» resultaron vanos, y en cierto sentido, patéticos. Hay gente que posee la virtud fundamental en política y especialmente en política americana de ignorar lo que es el sentido del ridículo y Eisenhower es uno de ellos. Todo lo que le rodea, todo lo que dice y hace, desde su pasión de freír «beefsteaks» hasta las apariciones electorales de Mamy con sus inefables sombreros, parecen manifestaciones sinceras.

En el caso de Stevenson, cualquiera puede darse cuenta que estas pantomimas electorales de tipo íntimo y familiar no son su especialidad. Y automáticamente disminuye su capacidad de atracción, especialmente entre el elemento femenino: en 1956, las mujeres han demostrado su preferencia por Eisenhower de manera aún más definitiva que en 1952, votando por él en la proporción de un 61 por 100, de nuevo superior al promedio nacional.

c) *Voto ciudadano: minorías, obreros, caciques y sindicatos.*— Resulta lugar común afirmar que las ciudades, las diferentes minorías y los obreros constituyen, fuera del Sur, la base del partido demócrata. En realidad, estos tres elementos, sin confundirse o superponerse enteramente, ofrecen muchos puntos de contacto: los obreros pertenecen, en su mayoría, a las capas más recientes de inmigrantes y como es lógico, viven en los grandes centros industriales. Existe una minoría —la judía— que siempre ha huído del trabajo manual, pero sus especiales disposiciones para el comercio y las finanzas han hecho de ella un grupo eminentemente ciudadano. Los católicos —italianos, irlandeses, polacos, húngaros...— constituyen la minoría religiosa menos favorecida desde el punto de vista económico y por eso resulta corriente verlos al frente de las organizaciones demócratas y sindicatos que defienden los intereses de la clase obrera. Existe, por lo tanto, un entrecruzamiento constante, pero difícil de apreciar a veces entre los grupos minoritarios (étnicos, religiosos...), las masas obreras y los organismos (sindicatos, «political machines»... —encargados de defender sus intereses en las grandes ciudades—.

Durante la era de Roosevelt, toda esta amalgama de elemen-

tos tan diversos hizo un frente unido detrás del partido demócrata: los judíos, a pesar de constituir un grupo eminentemente capitalista, por ser liberales y sentirse una minoría despreciada; los católicos, porque su posición económica les hizo sufrir particularmente como consecuencia de la Depresión; los dirigentes de los sindicatos, porque Roosevelt era el primer Presidente que emprendía una auténtica política social; y, las organizaciones caciquiles demócratas, por propia conveniencia. Esta coalición de grupos tan dispares, más el apoyo unánime del Sur, hicieron posibles las aplastantes victorias de los demócratas durante el periodo 1932-1944. En 1948, con motivo de la lucha electoral entre Truman y Dewey, la creencia de que dicha coalición había dejado de existir llevó a muchos especialistas a afirmar que Truman sería derrotado; la habilidad del Presidente le permitió, sin embargo, reavivar el entusiasmo, casi extinguido ya, de la década anterior y los demócratas volvieron a triunfar. Pero su suerte estaba echada y el edificio, que Truman pudo a duras penas mantener en pie, se derrumbó completamente en 1952.

En realidad, la coalición que había mantenido unidos durante cerca de veinte años a elementos tan diferentes como los jefes de los sindicatos y los caciques de la vieja escuela, los negros de las ciudades del Norte y los políticos racistas del Sur, era una unión puramente negativa, creada artificialmente como consecuencia de la Depresión, por un lado, y de la herencia de una tradición, por otro, de la que no era tan fácil separarse.

Las elecciones de 1956 han venido a confirmar el proceso de desintegración de dicha coalición tan aparente ya en 1952. Hemos visto anteriormente cómo, en el Sur, Eisenhower ha recibido más votos electorales que Stevenson. Pero el caso del Sur no es un fenómeno aislado: la desaparición de los viejos «bosses» o caciques ha reducido a la nada sus antiguas organizaciones. En New Jersey, por ejemplo, los republicanos han triunfado por primera vez en los 21 condados que componen el Estado, lo que significa —hecho realmente extraordinario en los anales de la historia caciquil— que los demócratas han perdido (¡y por 76.000 votos de diferencia!) el control de Hudson County, el condado donde las decisiones del «boss» Frank Hague, hoy fallecido, eran ley. El mismo caso se ha repetido en el no menos célebre Cook County; en 1952, Eisenhower perdía todavía Chicago, ciudad tan típicamente demócrata, pero en 1956 la victoria del general ha sido

completa. Resulta aleccionador comparar los porcentajes obtenidos por el Presidente en los distritos de Chicago habitados por grupos minoritarios:

Barrio lituano		Barrio italiano		Barrio negro		Barrio irlandés	
1952	1956	1952	1956	1952	1956	1952	1956
53,3 %	66,4 %	44,4 %	53,3 %	25,5 %	41 %	40,7 %	50,4 %

El lector podrá comprobar hasta qué punto el proceso de desintegración de los viejos baluartes demócratas, iniciado ya en 1952 (mayoría republicana en el barrio lituano, fuerte minoría en los barrios italiano e irlandés), se ha perfeccionado en realidad durante las últimas elecciones (mayorías pro-Eisenhower entre los descendientes de lituanos e italianos, distribución de votos entre los irlandeses y creación de una fuerte minoría republicana entre los negros).

La desaparición progresiva de los antiguos caciques, preocupados únicamente por la conquista del poder, ha coincidido con la importancia cada vez más grande que los Sindicatos han pasado a tener en la vida política americana. Algunos comentaristas republicanos han intentado demostrar, incluso, que los demócratas han pasado a depender exclusivamente del COPE o Committee on Political Education creado por los dos grandes grupos sindicales, la American Federation of Labor (A. F. L.) y el committee of Industrial Organization (C. I. O.), después de su fusión. Ya en los tiempos de Roosevelt, los sindicatos habían pasado a ser una pieza fundamental del mecanismo político americano pero la escisión que les separaba entonces, unida a la importancia que todavía tenían en la década 1930-40 las organizaciones caciquiles, les hacía aparecer, en aquellos años, como uno más de los grupos de presión. Más que hacer política los sindicatos vendían su apoyo al mejor postor que era normalmente, pero no siempre, el partido demócrata. Con el tiempo, sin embargo, los efectivos de los sindicatos han crecido de tal manera —dos millones de afiliados en 1932 y más de 15 en 1956— que una vez realizada la unión de los dos grandes grupos sindicales (decidida el 9 de febrero de 1955), el conglomerado A. F. L.-C. I. O. se ha convertido en una tercera fuerza dentro de la vida política del país, fuerza de

cuya actitud depende mucho el futuro de América. Pero por muy grande que sea la importancia de las «Unions», todavía estamos lejos, en mi opinión, de un dominio de los demócratas por parte de los elementos sindicales. Y si ello fuera verdad, el dominio no tendría obligatoriamente efectos prácticos porque aún queda por demostrar hasta qué punto los 15 millones de afiliados del grupo A. F. L.-C. I. O. siguen las indicaciones de sus jefes.

En 1956, los sindicatos decidieron dar su apoyo a Stevenson y el COPE trabajó activamente en favor del candidato demócrata. Consecuencia: 35 millones de votos para Eisenhower, 25 para Stevenson. Sin disponer todavía de elementos suficientes para analizar el voto de los afiliados sindicales, resulta evidente que hubo muchos obreros que votaron por el Presidente: en Boston, Stevenson ve reducirse su margen de 68.000 votos en 1952 a 28.000 en 1956; lo mismo en Nueva York y en Chicago donde Eisenhower ha triunfado. La prosperidad que reina en el país ha creado un nuevo tipo de obrero, propietario de coche, casa, jardín y televisión, muy poco dispuesto a obedecer ciegamente las instrucciones de los dirigentes sindicales. En el Estado de Washington, por ejemplo, el distrito número 34 de Seattle, habitado casi enteramente por obreros que trabajan en la industria aeronáutica, dió a Truman el 68 por 100 de sus votos en 1948, el 53 por 100 a Eisenhower en 1952 y el 57 por 100 al mismo candidato en 1956. Y este mismo cambio puede apreciarse a lo largo de todo el país: donde aparece un barrio-suburbio (se construye un millón de casas particulares al año) los republicanos hacen subir el termómetro de sus votos. En cualquier caso, no cabe duda que resulta imposible hacerse con una clientela de 35 millones de simpatizantes y perder sólo siete Estados, sin recibir ni un voto de los 15 millones de obreros y sus familias que pertenecen a los sindicatos.

Nueva York, Estado clave gracias a sus 45 votos electorales, nos servirá de ejemplo para analizar el comportamiento de la minoría judía. En Nueva York, como en otros muchos Estados, los habitantes de la gran urbe han visto siempre con mejores ojos al partido demócrata que al republicano, mientras los del campo no han ocultado nunca sus preferencias por el candidato moderado. Si los demócratas son tan fuertes en la ciudad, la razón hay que buscarla en el número elevadísimo de inmigrantes de todas las razas y nacionalidades que la habitan. En 1956, para contrarrestar la tendencia prodemócrata de la minoría judía, el partido repu-

blicano decidió presentar como candidato al Senado al hijo de un inmigrante judío, Javits, en contra del célebre alcalde católico Robert Wagner, que aspiraba al mismo puesto, en su día ocupado por su padre. Lo que el partido republicano buscaba, en definitiva, al nombrar a Javits candidato era crear la confusión en el campo demócrata, provocando una ruptura de su unidad. Pero cuando Javits fué nombrado candidato, nadie podía sospechar que la elección iba a celebrarse la misma semana en que Eisenhower procedía a reprobar públicamente la actuación combinada de Israel, Francia e Inglaterra contra Egipto. Y de todos es sabido que si Israel subsiste ello se debe, en gran parte, al apoyo financiero y moral del movimiento sionista, cuyo centro es, precisamente, Nueva York. Tenemos aquí un caso típico que nos permitirá estudiar hasta qué punto las cuestiones de política exterior influyen poco en una elección americana: si la minoría judía, tan importante en Nueva York, hubiera tenido en cuenta las decisiones de Eisenhower en las cuarenta y ocho horas inmediatamente anteriores al 6 de noviembre, habría votado por Stevenson para demostrar su descontento hacia la política del Presidente. El recuento de votos, sin embargo, demuestra más bien la reacción opuesta:

Voto en la ciudad de Nueva York

	Eisenhower	Stevenson
1952.....	1.495.000	1.835.000
1956.....	1.552.000	1.615.000

Eisenhower, en vez de perder votos por su enérgica actitud contra Israel, ha disminuído la distancia que le separaba de su contricante. Pero aún hay más: los judíos tuvieron la oportunidad de establecer una clara distinción entre el candidato local republicano para el Senado, el judío Javits, y el candidato presidencial, Eisenhower. No tenían más que haber votado *por* Javits y *contra* Eisenhower practicando lo que los americanos llaman «ticket-splitting», es decir, la división del voto que no tiene por

qué ir entero a la lista completa de uno u otro partido. De esa manera podían haber defendido sus conveniencias puramente locales —el saberse defendidos por uno de su raza— y expresado al mismo tiempo públicamente su desacuerdo con la política internacional del Presidente. Sin embargo, Javits obtuvo *menos* votos que Eisenhower y si el general estuvo a punto de derrotar a Stevenson, dentro del ámbito de la ciudad de Nueva York, el candidato judío fué claramente derrotado por el demócrata Wagner.

Voto en la ciudad de Nueva York

Partido republicano	Partido demócrata
Javits.....1.337.000	Wagner .....1.778.000
Eisenhower...1.552.000	Stevenson...1.615.000

La conclusión que se deduce de estas cifras es bien clara: Eisenhower, autor de una política contraria a los intereses de Israel es capaz de obtener, en una ciudad donde el voto judío es primordial, más votos que el candidato de su propio partido, un judío precisamente ¿Es que su poder de atracción no tiene límites? Este es el problema con que ahora vamos a enfrentarnos.

II. VOTO LOCAL: TRIUNFO DE LOS DEMÓCRATAS.— En el apartado anterior, hice alusión a un distrito electoral típicamente obrero, el número 34 de Seattle, Estado de Washington. En dicho distrito, Eisenhower recibió el 57 por 100 de los sufragios. Pues bien, el candidato demócrata para el Senado, Magnuson, obtuvo, en esa misma circunscripción el 59 por 100 de los votos. Eisenhower triunfó fácilmente en Washington pero el gobernador republicano, Arthur B. Langlie, que aspiraba a quitarle a Magnuson su puesto en el Senado, no consiguió su propósito. En Oregón, el Presidente deseaba de todo corazón derrotar al senador Morse, antiguo republicano pasado a demócrata; a este objeto, el secretario del Interior, Douglas Mc Kay, renunció a su puesto en el gabinete del general para dar la batalla a Morse. Resultado: Eisenhower venció fácilmente a Stevenson en Oregón, pero Mc Kay no pudo destronar a Morse que fué reelegido.

Si atravesamos el país, de Oeste a Este, y fijamos nuestra atención en el Estado de Pensilvania, observaremos que el mismo fenómeno se repite: los electores dieron al general una mayoría más que comfortable (520.000 votos) pero estimaron que el Senador republicano James H. Duff no merecía ser reelegido y dieron sus votos al demócrata Joseph Clark.

Una rápida ojeada a las elecciones senatoriales no hace más que confirmar lo que se deduce de estos tres casos: donde Eisenhower triunfa fácilmente, su partido obtiene una victoria precaria o resulta derrotado. El Senado anterior lo formaban 49 demócratas y 47 republicanos, pero como los puestos en litigio eran 32 (el Senado se renueva por tercios, uno cada dos años) —17 en manos de los republicanos y 15 en las de los demócratas— el partido de Eisenhower tenía que ganar por lo menos 19 para recobrar el dominio de la Cámara Alta. A pesar de que en algunos Estados —Nueva York, Kentucky...— los republicanos llegaron a desplazar a los demócratas éstos se resarcieron, venciendo en otros, con lo que pudieron conservar intacta su mayoría de dos votos. Mayoría infima, tal vez, pero suficiente para conservar entre sus manos las presidencias de todos los Comités del Senado, es decir, de una parte fundamental del aparato legislativo del país.

El caso de los gobernadores —el poder ejecutivo a la cabeza de cada Estado— es aún más significativo. Treinta nuevos gobernadores, del total de 48, tenían que ser elegidos. En Iowa, por ejemplo, Estado tan típicamente republicano, el demócrata Herschel Loveless derrotó al republicano Leo Hegh, hecho que no se producía desde 1936, el año de la aplastante victoria de Roosevelt. Rhode Island, Kansas, Massachussets, Michigan, Colorado, Minnesota, Washington, Estados que dieron sus votos electorales a Eisenhower, eligieron, sin embargo, gobernadores demócratas y la distribución final de cargos no ha podido ser más favorable al partido de Stevenson, dada la derrota de éste: 27 gobernadores demócratas contra 21 republicanos.

Pero es el voto para la Cámara de Representantes el que mejor refleja el momento político del pueblo americano. Al fin y al cabo, lo que verdaderamente importa al ciudadano medio son las escuelas y hospitales de su comunidad o la construcción, por ejemplo, de una nueva carretera de circunvalación... Sobre la política na-

cional bien sabe él que su influencia individual es pequeña: si vota por Eisenhower o Stevenson es más bien por un sentimiento de solidaridad nacional, por una vaga simpatía hacia uno de los dos candidatos presidenciales. Lo que le interesa, en definitiva, es saber quien se va a ocupar de sus intereses en Washington. Existen, por lo tanto, dos votos distintos, el nacional y el local. Generalmente se superponen, pero gracias al sistema antes descrito del «ticket splitting» el elector puede disociarlos. Y eso es lo que ha hecho en 1956 dar el triunfo a Eisenhower sobre el plan nacional y a los demócratas sobre el plan local (234 representantes demócratas contra 201 republicanos, fenómeno que no se producía desde 1848. Truman, con su peculiar buen humor, y sin exagerar demasiado, pudo afirmar: «los demócratas disponen de más gobiernos de los Estados que el partido opuesto y controlan el Congreso —¡están, por lo tanto, en el poder!»— (30). Ya en 1952, y a pesar del enorme voto popular recibido por Eisenhower (55 por 100), los republicanos habían obtenido 250.000 votos menos que los demócratas en las elecciones para la Cámara de Representantes. Pero como lograron ganar el control de las dos Cámaras (8 votos de diferencia a su favor en la Cámara baja e igualdad en la Cámara Alta, destruida en última instancia por el voto de su presidente, el Vice-Presidente Nixon) gracias a una mejor distribución geográfica del voto (31), dicha derrota en votos populares pasó inadvertida en medio de la euforia general de victoria. Las elecciones para el Congreso de 1954 pusieron los puntos sobre las íes: sin el apoyo directo del Presidente, los republicanos perdieron el control del Congreso y recibieron un voto inferior casi en cuatro millones al de los demócratas (47 por 100 del voto popular). En 1956 la popularidad de Eisenhower, cuyo nombre aparecía a la cabeza de todas las listas republicanas, ayudó a no pocos candidatos de su partido a ser elegidos, pero aun así los demócratas obtuvieron 1.600.000 votos más que los republicanos

---

(30) *New York Times* del 10 de febrero de 1957.

(31) Distrito A: demócratas, 90 votos; republicanos, 100. Distrito B: demócratas, 95 votos; republicanos, 100. Distrito C: demócratas 100 votos; republicanos, 20. Total voto popular: demócratas, 285; republicanos, 220. Pero los demócratas ganan sólo un distrito (C) por dos (A y B) los republicanos.

en la lucha por la Cámara de Representantes. La distribución de estos sufragios fué la siguiente (32):

1. Estados de Nueva Inglaterra ... ..	Mayoría republicana de	400.000	votos
2. Estados del Atlántico Medio ... ..	»	»	de 1.300.000 »
3. Estados del Centro-Este ... ..	»	»	de 1.000.000 »
4. Estados del Centro-Oeste ... ..	»	»	de 70.000 »
5. Estados montañosos.	»	demócrata	de 8.000 »
6. Estados del Pacífico.	»	»	de 200.000 »
7. Estados del Sur ...	»	»	de 4.200.000 »

Una primera y fundamental conclusión se deduce de todo lo dicho en este apartado: el general Eisenhower y el partido republicano no son dos términos sinónimos. Comentando la situación de 1952, he considerado algunas veces que casi lo eran porque entonces, oculto detrás del Presidente y agarrado a él, el partido pudo disimular su debilidad. Eisenhower, figura desconocida en política, llegaba a ella arbolando la bandera republicana y era natural, por lo tanto, confundir al general con su partido. Pero las elecciones de 1954 y 1956 han demostrado, con la terrible brutalidad de que sólo las cifras y porcentajes son capaces, la falta de penetración popular de los republicanos, fenómeno exactamente contrario al que se produce con Eisenhower ¿Significa esto que el pueblo ha renunciado para siempre al partido republicano? No, pero sí que los «independientes» reservan prudentemente su decisión final; al principio de este trabajo, definí la elección como una lucha «Eisenhower Partido Demócrata». A pesar de las apariencias, el resultado final del encuentro es un empate: Eisenhower se lleva la gloria y los demócratas el dominio de una buena parte de las instituciones que gobiernan el país.

Queda destrozada, además, la pretendida penetración de los republicanos en el Sur, donde el Presidente obtuvo más votos electorales que Stevenson, mientras los demócratas elegían, gracias a su aplastante mayoría de 4.200.000 votos, 104 representantes contra sólo ocho los republicanos. La victoria de Eisenhower en un Estado como Luisiana ha demostrado hasta qué punto un candidato distinto que el presentado por los demócratas puede llegar a penetrar en el Sur: la invulnerabilidad de los demócratas en

---

(32) *New York Times* del 10 de febrero de 1957.

dicha región ha dejado de existir, por lo tanto, pero el Sur tiene que recorrer aún un largo camino antes de encontrar un sistema político que permita el juego de dos partidos y no el dominio exclusivo de uno. La victoria de Eisenhower ha entreabierto la puerta. Pero no más.

En el resto del país, los dos partidos mantienen un cierto equilibrio: Eisenhower ha vencido en todos los Estados fuera del Sur, haciendo saltar en mil pedazos muchos de los antiguos baluartes de los demócratas, pero éstos han conservado un frente unido de 130 representantes frente a los 193 de los republicanos. En los Estados del Middle-West, Montañas Rocosas y Pacífico, la lucha por los escaños de la Cámara de Representantes ha sido particularmente cerrada, y un total de 89 Representantes de uno u otro partido fueron elegidos con porcentajes del voto total inferiores al 55 por 100. La nacionalización del partido demócrata, iniciada por Roosevelt, es un hecho definitivo: los demócratas han dejado de ser sólo el partido del Sur y las grandes ciudades, es decir, un partido geográficamente limitado. En 1956, y aparte del Sur, han triunfado en las Rocosas y en el Pacífico, zonas que cubren casi la mitad de América. Su influencia, hoy, se extiende sobre todo el país.

#### D) CONCLUSIÓN

Las elecciones de 1956 han confirmado la existencia de un «mito Eisenhower». Su popularidad le ha proporcionado un triunfo electoral como sólo Roosevelt había conocido. Pero dichas elecciones han establecido claramente los límites exactos de dicho mito: el Presidente puede ganar «sus» elecciones, pero no las de «su» partido, o dicho con otras palabras: ha sabido atraerse, casi íntegro, el voto independiente, pero no ha logrado esa identificación entre independientes y partido republicano, cuya consecuencia inmediata habría sido la transformación de dicho partido en el más fuerte de los dos.

Al hablar de Roosevelt, calificué su obra de «fracaso parcial». No disponemos todavía de elementos suficientes para emitir un juicio definitivo sobre el «caso Eisenhower», pero no creo exagerado afirmar que la misión confiada por el pueblo al general, dar nueva vida al partido republicano si todavía no ha terminado en fracaso, ya no puede terminar en éxito.

El pueblo parece estar de acuerdo con el *New Republicanism* del general y en dos ocasiones lo ha demostrado palpablemente. Pero las elecciones para el Congreso de 1954 y 1956 demuestran bien claramente que una gran parte de las masas no cree en la «conversión» del partido republicano; el pueblo ha podido levantar la hipoteca que sobre él pesaba y no lo ha hecho. Al mismo tiempo, el elector americano ha retirado al partido demócrata la ciega confianza que le había otorgado en los tiempos de Roosevelt. Entre unos y otros, el pueblo duda y dosifica sus votos: un Presidente republicano, un Congreso demócrata. Los demócratas siguen siendo el partido más sólido en la medida con que el peso de la historia de los últimos veinte años le ayuda todavía. Por la misma razón, el partido republicano es aún, y a pesar de los triunfos aplastantes de Eisenhower, el partido más débil. Pero ni uno ni otro puede decir que cuenta con el fervor real de una mayoría claramente definida.

La «experiencia Eisenhower» puede, en definitiva, analizarse de dos maneras, según el punto de mira: si la misión histórica del general se reduce al esfuerzo puramente negativo de hacer comprender al pueblo americano la debilidad de la coalición creada por Roosevelt, entonces la experiencia ha sido un éxito. El general se ha introducido en el Sur y ha demostrado que un candidato republicano podía triunfar en las grandes ciudades, recibir el voto de los obreros, de los jóvenes, de los judíos, de los negros y de los católicos. Pero si la actuación del Presidente contenía además una dimensión positiva —crear un nuevo partido republicano capaz de transformar el equilibrio actual de la política americana—, y esa es mi opinión, entonces sus dos mandatos presidenciales habrán sido como los de Roosevelt, un «fracaso parcial».

ALVARO ALONSO-CASTRILLO

Abril de 1957.

